

Los que soy y lo que me habita

Allí estuve y ya no estoy,

soy forma de todas las formas que me habitan...

Los deseos primeros fueron música y libertad.

Un canto despreocupado sin tiempo ni espacio,

sonidos sin pretensiones de justeza

y esa admiración por Emilio y Danielito.

Claro, siempre bajo las estrellas y los cartones,

la ranchada del mate cocido junto al algarrobo en el baldío al lado del terraplén.

Fueron esas horas de trenes,

de vías infinitas,

y mates compartidos con esa boca de sólo encías.

Mis primeros maestros...

por presencia ellos:



el árbol, el linyera, sus rimas,

ese tren de libertades sin espacio y sin tiempo,

seis cuerdas y un intento de canto-alma.

Tan sólo transmigrar quiso mi espantapájaros,

estuve en todas partes, ahora sé que en ninguna.

Ya no tengo corazón,

pues lo fui dejando en esos lugares;

todo polvo yo en los caminos del Impenetrable,

primer amor fragua de mi habla...

Retoño de mi sangre aguaita en el desierto cordillerano,

allí dejé de ser para comenzar a estar.

Un sol rubio me trajo el Zonda con todo su calor andino,
risa luz de mis días, ausencia constante que amputa y duele.

Pero siempre está la música,
ahora aliento que silba agudo,

vibra escenarios y mueve hojas en el campo.

Surrealista imagen:

esperanza hecha orquesta, suena rural en sus notas.

Allí estuve y ya no estoy...

habito nada y todo me habita, la nostalgia me da formas,
me moldea a imagen de esos sitios donde estamos yo desintegrado.

Entonces no reconozco mi forma,

me habla en guaraní a veces...

me enamoro de ella y me susurra guaranias cerquita del oído,
pero de repente no está más,

yo no estoy más.

Soy forma de todas las formas que me habitan,

yo no soy sino lugares y mujeres, frutas y una plaza de palomas.

Una catedral inmensa,

religión invertida donde los nadies son obispos;

él hizo su casa en la copa, cerca del cielo,

donde no lo desplaza ningún Santo ni lo vela la ciudad-caridad-olvido.

Entonces él es Danielito, es Emilio y es el Topo,

recién me doy cuenta,

él soy yo.

Hipócrita de mí que hablo de yo cuando soy ellos,

es que por más que me lo repita me niego tanta crudeza...

no existo,

no habito,

no soy ni estoy,

no tengo padres pues soy mis padres.

¿Quién escribe entonces?

¿Quién camina y quien sopla esas notas a veces?

Pues no lo sé,

más nunca sabré lo que no es dado a saber,

el misterio envuelve tanta dicha, y tanta pena...

pena de ausencias y distancias,

siempre yéndome,

perdón,

siempre yéndonos...

esto que no soy,

y estos hombres, paisajes y mujeres que sí soy,

creo...

siempre están partiendo.

Pero ingrato de nosotros yo

sino reconocemos tamañas dichas que nos habitan y nos atraviesan,

cuántas músicas y cuántas frutas,

amistades del mundo y del pueblo,

solamente aquí, totalmente allá...

nací para querernos,

amores que hincan hondo,

dichas en palabras,

en acordeones,



en espada libertaria como libertaria la guayaba que aquí y allá nos habita.

La niña que ríe mientras en su caballo vuela adonde no hay alambres.

Tres violines silvestres bajo una bandera que no a todos cobija,

nuestra bandera baila en el aire,

por esos montes no es tela ni es color,

sólo es sonido,

música de tierra y

árbol que en el calor se funden.

Tanto te extraño, tanto me extraño,

cuando digo vos digo yo,

tan sólo empecé a ser cuando por mí pasaste y con yo te quedaste...

Si pudiera subirme a esos dos barcos, a la vez,

y también claro,

tomarme al vuelo de esos pájaros,

o montarme al burro si su dueña me lo permite;

podría ir ya contigo,

conmigo,

con ustedes,

cruzar el río y en los labios besarte,

subir la montaña y escucharte,

acunarte como cuando naciste.

Nacimiento que es la cartografía más completa que me habita.

